

Pablo Pérez García (UVEG), “Cofradías y Germanía: la Real Cofradía de Inocentes y Desamparados (1519-1524)”, *Congreso Internacional «Cambios y Resistencias en la Monarquía Hispana. Debates sobre la Sociedad Moderna»*, Madrid, Universidad Autónoma, 23-24 de noviembre de 2017.

INTERVENCIÓN ORAL (5 minutos)

Ni los menestrales valencianos fueron llamados a las armas contra los enemigos del «pueblo» en 1519, ni los primeros agermanados estaban solos en sus casas, en las calles y obradores cuando, supuestamente, se escuchó el grito justiciero y tonante del anciano pelaire Joan Llorens. Éstos no fueron los orígenes, ni la primitiva cantera de la Germanía.

Se ha escrito que, durante el crítico mes de junio de 1519 (epidemia, desabastecimiento, incursiones enemigas, etc.), el gobernador Cabanyelles convocó a los gremios y les ordenó que se aprestaran a la defensa de la ciudad y del reino de Valencia. Hoy sabemos que Cabanyelles no recurrió a los gremios en tanto que corporaciones de oficios, sino, más bien, a sus cofradías, y a otras que, como *sant Jordi* (o *Centenar de la Ploma*) e *Innocents i Desemparats*, nada tenían que ver, en principio, con aquellos.

Los inspiradores y primeros dirigentes del movimiento agermanado (el pelaire Llorens y el tejedor Guillem Sorolla) pertenecían, respectivamente, a *san Jorge* y a *Desamparados*; y, en efecto, el papel de estas y de otras cofradías parece haber sido esencial: las iniciativas, decisiones, auto-regulaciones, instituciones, valores, ideas y sentimientos del movimiento agermanado se configuraron sobre estos dos ejes básicos: A) la ética cofrade de la “hermandad” y B) la ética castrense de la “milicia-y-de-la-*dehena*”.

Las cofradías (y no los gremios) fueron el epicentro del movimiento agermanado. No es necesario insistir en el carácter religioso, mutual, asistencial y cívico de este tipo de asociaciones de laicos, cuyo papel había evolucionado desde el siglo XIII y continuaría evolucionando después de Trento. Me interesa resaltar, sin embargo, que, como única forma de asociacionismo permitida por las autoridades, las cofradías no sólo fueron corporaciones (asimismo financieras: no lo olvidemos) dedicadas a la defensa de los intereses particulares y colectivos de sus miembros, sino también un espacio adecuado para la embrionaria expresión de aquello que solemos denominar “opinión pública”: escuela de virtudes cívicas y foro de debate sobre el bien común. Entre sus filas y sus cuadros se reclutaron los Trece, los Siete, los capitanes y síndicos de las decenas, los embajadores, los clavarios, los electos, los tachadores, los militantes y el mismísimo ejército agermanado.

En lo fundamental, el nacimiento de la Germanía no fue problemático: el rey la apoyaba y las autoridades valencianas la necesitaban. El diálogo entre cofradías la había hecho nacer. Su alumbramiento impregnó de nuevas expectativas políticas y escatológicas la vida previsible y pundonorosa, pero también aislada de las viejas hermandades. Así pues, cuando Carlos I desautorizó el movimiento agermanado provocó una crisis de consecuencias dramáticas. La Germanía quedó fuera de la ley, y la concordia entre los *hermanos* acabó quebrándose. Muchos fueron los que enmudecieron y se ocultaron entonces. Algunos cambiaron de orilla: demasiados compromisos con el viejo orden como para echarlo todo por la borda ahora. ¿Quiénes se quedaron y perseveraron en la lucha, aún a riesgo de sus vidas? El estudio de los 564 cofrades varones de *Desamparados* entre 1519 y 1524 no ha sido todo lo revelador que hubiéramos deseado: los agermanados de largo recorrido compartían demasiados rasgos con la masa anónima de menestrales y con los revisionistas. Contemplado desde el observatorio cofrade (un punto de vista teóricamente adecuado, y hasta ideal) hay muy poca materia para sostener que los agermanados de 1521 (tan diferentes de los de 1519) actuaron impulsados por una fuerza distinta a la de su propia libertad personal y, en cualquier caso, al poder de atracción de identidades y fidelidades todavía no explícitas.